

versacion fué súbitamente interrumpida por la entrada de José.

Corrió vivamente á Aurelia y le dijo algunas palabras en voz baja.

Entonces, se vió á aquella mujer tan valerosa y tan fuerte, palidecer de repente, balbucear y apoyarse desfallecida contra el respaldo de un mueble.

Nini y madama Jacquemin se lanzaron hácia ella para sostenerla, pero ella, deteniéndolas con el gesto:

— Había esperado que este encuentro me seria evitado, exclamó; puesto que es necesario, que la voluntad de Dios se cumpla.

Su voz se fortificaba poco á poco.

— Podeis hablar alto, José. — ¿Deciais?...

— Que un hombre ha venido esta mañana varias veces á preguntar al portero los nombres de los inquilinos de la casa. El portero ha sido escogido por mí, es fiel, y no ha dicho nada. Pero el indiscreto pregunton anda rodando todavía en la calle, y este pregunton es M. Gigant.

— Me ha seguido, murmuró Nini Moustache.

— Está bien, dijo Aurelia, ordenad al portero que se deje seducir.

— ¿Lo pensais bien? exclamó José, ¿vos encontraros sola en presencia de ese hombre!...

Pero ella, con una pálida sonrisa:

— Dios me castiga, dijo designando á Celina con el gesto, he querido evocar sus recuerdos poco há, y hé aqui que los míos se me aparecen de repente. ¡Oh! ¡muy crueles, muy sangrientos recuerdos!... Pero no importa, yo sabré arrostrarlos, no me harán ni palidecer ni temblar... Entendeis, José, es menester que M. Gigant me vea, me hable, y que crea que únicamente por su destreza lo ha logrado. Dejadme sola, no obstante; antes de arrostrar esta odiosa entrevista, tengo necesidad de fortificar todo mi ánimo; no quiero que en mi rostro sorprenda un solo estremecimiento, un solo rayo vengador en mi mirada; quiero que no encuentre aqui mas que una alma de lodo, como la suya, una voluntad como la suya, invencible para el mal; con sus armas es menester combatirle.

Toma tus precauciones, Gigant; no es ya una victima la que vas á encontrar delante de tú, es una adversaria; no es ya Elena, es Aurelia.

Todos se habian alejado discretamente, y ella, amortiguando la luz demasiado viva, bajaba las cortinas para llenar el cuarto de un voluptuoso claro-oscuro, se sentó delante del espejo del tocador, y ensayó la mas seductora de sus sonrisas.

Media hora habia trascurrido durante estos preparativos.

La puerta se volvió á abrir, — una doncella trajo una tarjeta en un platillo de Sevres.

— M. Gigant, leyó Aurelia.

Y con voz clara, añadió:

— Que entre, ya le esperaba.

XI

EL ENGAÑO DE M. GIGANT.

El sonido de la voz de Aurelia habia removido en el corazon de M. Gigant una cuerda que desde hacia largo tiempo no habia resonado.

De pié, inmóvil, azorado, vacilante, parecia como que escuchaba en un pasado terrible y lejano el eco de esta voz.

Aurelia sin duda no queria que se acordase completamente, juzgaba á propósito sacarle su sueño; y empujando hácia él un sillón, repitió:

— Os esperaba, M. Gigant.

El tono con que pronunció esta frase era tan diferente del primero, que M. Gigant comenzó á reirse en su interior de su niñada; sin embargo, no sin matiz de asombro, repitió:

— ¿Me esperabais?

— Sin duda, dijo Aurelia, y ya veis que tenia razon en esperaros, puesto que habeis venido.

M. Gigant inclinó profundamente la cabeza como aprobando la irrefutable lógica de esta respuesta.

— Os esperaba, prosiguió Aurelia, exactamente por la misma razon que deseabais verme. Vamos, M. Gigant, — y adelantó su fina mano blanca y armada de uñas como una pata de gato, en la gruesa manga de M. Gigant, — no andemos con rodeos. En ese juego no sabemos ni uno ni otro cual de los dos seria el mas fuerte, y, os lo confieso por mi parte, con la estimacion que hago de vuestro valor, seria solo para defenderme como me empeñaria en una lucha cuya éxito ignoraria completamente. — Sin embargo, deseo tambien mostraros que no soy tampoco un adversario que deba desdeñarse ni poco, ni mucho. Vos no me habeis dicho todavía cuál es el motivo que me proporciona el honor de vuestra visita: ¿me permitiréis adivinar ó al menos conjeturar?

M. Gigant esperaba á ver venir. Se inclinó de nuevo en señal de asentimiento.

Hubo un breve silencio, que Aurelia rompió la primera.

— ¿Sois cazador, M. Gigant?

— Sí, sin duda alguna.

— Pues bien, ¿no os ha sucedido algunas veces en la caza encontraros enteramente desconcertado por los pasos insólitos de la pieza que perseguiais? En ese caso, os deteniais, llamabais á vuestros perros, y advertiais que la liebre, ó el venado, ó el jabali eran cazados por otra jauría al mismo tiempo que por la vuestra. Entonces, muy naturalmente, ¿no es verdad? tratabais de hacer conocimiento con el otro cazador, con el rival que pretendia lo mismo que vos, sin

que por eso, llegado el caso, dejaseis de procuraros el medio de entenderos con él y cazar en compañía, ó, si no os arreglabais, tratar de buscarle camorra con el objeto muy legitimo de cazar enteramente solo.

Pues bien, M. Gigant, hoy nos encontramos nosotros exactamente en la misma posición que esos dos cazadores. Perseguimos la misma caza: los millones de M. Matifay. Por eso, era muy evidente que, hábiles como somos uno y otro, llegaria un dia en que nuestros esfuerzos se harian la contra, ó, en fin, nos encontraríamos cara á cara, amigos ó enemigos.

Y hé ahí por qué habeis venido, mi querido M. Gigant, y por qué yo os esperaba.

— Queda por saber, dijo á su vez M. Gigant sonriéndose con su mas falsa sonrisa, si nos entenderemos ó no nos entenderemos.

— Espero por vos que nos entenderemos, replicó friamente Aurelia; pues, en caso contrario, la caza me escaparia quizás, pero muy seguramente vos no la cogierais.

M. Gigant se encogió de hombros.

— ¿Lo dudais?... Tened á bien concederme todavía cinco minutos de atencion y estoy persuadida de convenceros de la entera veracidad de mi afirmacion. Y desde luego examinemos, si os place, primero vuestro plan, bastante bien concebido en sus pormenores, pero que, en concepto mio, peca de una manera grosera en su desenlace... Empujar al conde de Puysaie á su ruina para que, desesperado, agobiado, haga de su hija una madama de Matifay y reuna así en la cabeza de la señorita Cipriana, hermana de Lillas, la fortuna de su madre y la del banquero, nuestra presa, era bien razonado. En eso, Nini ha sido para vosotros un instrumento excelente, y debo añadir que os habeis servido de él admirablemente. Pero hoy, el instrumento se os ha escapado. Ursula no está en vuestro poder, está en el mio. Ya veis que juego con naipes limpios. Convertios en mi aliado, y continúo vuestra tarea. Nini continúa su papel desmoralizador cerca del conde de Puysaie. Si no, os lo advierto, adios el casamiento. Dentro de dos dias, el conde se opondrá como se ha opuesto hoy su mujer.

— Oponiéndose está, murmuró M. Gigant, yo no sé para qué puede servirnos el consentimiento del conde.

— Esperad un poco, dijo Aurelia. Iba justamente á parar á eso. Comprendeis, mi querido señor, que convenia á mis intereses poner estorbos á vuestros planes, á fin de tener ocasion de deciros lo que hoy os digo: — partamos. — Con este objeto os he quitado á Ursula, y tambien con el mismo á la condesa de Puysaie, en el momento en que su presencia era indispensable para el éxito de vuestro plan.

— Entonces madama de Puysaie...

— Conozco su asilo; hay aun mas, si nosotros firmamos juntos la alianza que os propongo, dentro de dos dias, M. de Puysaie recibirá su consentimiento en regla para el casamiento de su hija. Queda Lillas.

— ¿Podriais volverla á encontrar? exclamó M. Gigant.

— Tanto mas fácilmente, replicó Aurelia con una sonrisa diabólica, que para mí jamás ha estado perdida.

No soy mas que una pobre mujer, M. Gigant, pero creedme, no carezco del todo de talento para hacer la caza á los millones.

Un rayo de desconfianza iluminó los ojos de M. Gigant.

— Si sois tan fuerte, dijo este, y si teneis tantos triunfos en vuestro juego, ¿qué interés os induce á buscar un compañero? ¿Por qué no perseguís enteramente sola los millones en vez de repartirlos con otro?

— ¿Por qué? preguntó Aurelia, porque os temo y prefiero teneros mas bien por aliado que por adversario. Luego hay ciertos pormenores de la vida pasada de M. Matifay, que ignoro, que tengo necesidad de conocer y de que vos solo podeis enterarme. Y en fin, como os lo decia al principio de esta entrevista, cazando cada cual aparte, nuestros esfuerzos se contrariarian sin duda alguna y la presa se nos escaparia á entrambos, mientras que, persiguiéndola de consuno, tenemos la certeza de cazarla.

— Eso me parece muy bien, dijo M. Gigant, que no queria entregarse todavía. Supongamos que acepto la alianza que me proponeis: entonces será menester combinar con vuestro plan, que ignoro, el mio que os parece defectuoso: ¿cuáles serian, pues, vuestras intenciones respecto á esto?

Aurelia aproximó su silla al sillón de M. Gigant, y mirándole cara á cara:

— Vos sois un hombre, dijo con ingenua y cinica admiracion, el hombre que me hacia falta, así como yo, sin jactarme, soy la mujer que necesitais. Nosotros dos, M. Gigant, removeremos de arriba abajo, cuando queramos, esa sociedad apollada, nuestro enemigo comun. Para nosotros la fortuna, el lujo, la luz, el poder. Mas, para llegar á ese mágico resultado, hace falta que nosotros seamos fieles el uno y el otro, que no permitamos se deslice entre nosotros ninguna influencia exterior, que nuestro secreto quede entre nosotros dos solos. ¿Qué falta nos hacen cómplices codiciosos ó indiscretos, necios, es decir, inútiles, ó demasiado ambiciosos, es decir, llenos de peligros?

El primer sacrificio que os pido es el de Toimon y el del coronel Fritz.

— Pero, exclamó M. Gigant, el coronel es el padre de Lillas, y por consiguiente el solo medio de union entre nosotros y los millones de madama de Matifay (suponiendo que consigamos que Cipriana llegue á serlo algun dia). Entonces...

— ¿Entonces?... interrumpió Aurelia, ya os he dicho que vuestro plan era defectuoso en el desenlace y que nos seria necesario modificarlo. En mi plan no tengo necesidad sino de un cómplice, de vos. Así no hay traicion posible ni dificultades en la reparticion, ni rencores, ni cólera, cosas todas que atraen las miradas, ponen en accho los oídos, acarrear en fin la divulgacion y, por consiguiente, la ruina de las especulaciones mejor combinadas. Por complicidad, M. Gigant, entiendo una complicidad eterna, absoluta; la fusion de dos voluntades humanas en una sola, de dos ambiciones en una sola, de dos almas en una sola, no es posible sino entre un hombre y una mujer. Entre una mujer y



M. Gigant en casa de Aurelia.

un hombre hay imposibilidad de antagonismo, nada de divergencias de opiniones ó intereses, — acuerdo absoluto.

¿No habeis pensado en esto alguna vez? una mujer que tiene todos vuestros instintos, inteligente como vos, como vos poco escrupulosa y animada, por decirlo así, por la misma alma que vos...; Oh! yo he deseado mucho tiempo hace ese hombre que me hubiese completado. ¿Qué fuerza no tendria este doble ser, este andrójino á quien todos los medios de accion le serian accesibles, que tendria al mismo tiempo la fuerza y la belleza, la perseverancia y el valor, todas las energías del hombre, todas las sutilezas de la mujer!

— Sí, murmuró M. Gigant bajando la cabeza, esa pareja seria fuerte.

— Pues, M. Gigant, miradme: ¿os parezco bella?

Con un gesto lleno de zalamería, Aurelia habia puesto sus dos manos sobre los hombros de M. Gigant, quien á través de la fina batista sentia estremecerse el mármol palpitante de sus blancos brazos.

M. Gigant levantó la cabeza, y sus ojos encontraron los de la bella cortesana, dos llamas llenas de ardientes promesas; un vértigo!

Entonces se le inundó de sudor la frente á M. Gigant, y se sintió desfallecer.

Este hombre no habia amado mas que una vez, de una manera terrible; de la mujer que habia amado, habia querido hacer una cómplice, y no habia conseguido hacer mas que una victima.

Después, todas las mujeres llegaron á ser para él instrumentos pasivos, palancas de intriga; no se habia detenido ni aun á mirar si eran bellas.

Pero hoy la pasion antigua se despertaba vivaz, ardiente, inextinguible, pues, cosa extraña, una singular asonancia confundia en su corazon turbado el recuerdo de Elena y la persona de Aurelia; parecia encontrarse casi en frente del cuerpo divino de la primera, animado por el alma diabólica de la segunda.

Y ella era la que á su vez le preguntaba:

¿Quereis mi amor, quereis mi complicidad?

— ¡Ah! suspiró Aurelia inclinándose sobre su hombro, si pudierais amarme! Antes que á vos, no he encontrado mas que necios, ó cobardes, ó simples. En vos encontraré en fin mi ideal de fuerza y de potente virilidad. ¿Y sabeis lo que os ofreceré entonces, ademas de un amor que no es una recompensa de desdenar? Los millones de Matifay, al mismo tiempo que una reputacion de probidad, ¿qué digo? de generosidad inatacable. Los medios que contabais emplear para conquistar esa fortuna están llenos de peligros; ya os he señalado los de los cómplices. ¡Y cuántos escándalos! Cipriana, una vez viuda, era menester hacerla desaparecer: segundo crimen. Después entablar un proceso peligroso para hacer reconocer por los tribunales el estado civil de Liliás. Ciertamente lo habriais ganado, ¿pero á costa de cuántos peligros? La justicia es curiosa, el juez de instruccion quiere algunas veces ver mas de lo que se le muestra, y entonces...

Reconociendo la exactitud de estas observaciones, M. Gigant bajaba la cabeza.

— Escuchad, al contrario, lo que yo he hecho. He encerrado á la condesa de Puysaie en un asilo de donde no saldrá nunca, pues, saliendo, revelaria su vergüenza y expondria á Liliás á la venganza de su marido. Pues bien, la condesa de Puysaie me considera como una santa; en el momento en que me libraba de ella, en que preparaba su ruina y la de su hija, me abrazaba las rodillas. Si me quisiesen calumniar delante de ella, arrojaria á la puerta al calumniador.

He hecho con Ursula lo que queriais hacer. ¿Cuál ha sido la actitud de Nini Moustache respecto de vos? Ha debido maldeciros, amenazaros, ¿que sé yo? Esa Nini puede ser una enemiga peligrosa, os lo prevengo. Pues á esta hora no ignora que soy yo á la que se debe acusar del rapto. ¿Y sabeis cómo ha recibido esta noticia? Bañando mis manos con sus lágrimas, protestando que yo era su ángel guardian, su providencia.

Lo mismo sucederá con Cipriana el dia en que, viuda, le tomaré su fortuna: me bendicirá y protestará que la he salvado. ¡Ah! es que en ese dia yo la casaré con el hombre á quien ama, y el hombre á quien ama es mi esclavo.

Tambien yo tengo mi coronel Fritz.

Pero un coronel sin pasado peligroso, un coronel Fritz jóven, es decir, sencillo, y tambien me venera y me debe todo, que sin mí no puede nada, y desobedeciéndome puede ser quebrado como un vaso de vidrio, sin tener armas para vengarse de mí.

Un cómplice inocente que yo he tomado ignorante, sin nombre, para hacer de él uno de los caballeros mas elegantes de Paris, á quien haré millonario y esposo de la bella Cipriana.

¿Qué podrá rehusarnos entonces?

— Sin embargo, ¿si rehusase? objetó M. Gigant.

— Ama á Cipriana y es muy amado de ella, respondió Aurelia, y una palabra mia puede hacerle decaer de todos sus ensueños.

Así, no se habla en mi programa de Liliás, á quien asegu-

ramos un honrado y mediano porvenir, y la condesa nos agradece eternamente este silencio. — Nosotros casamos á Cipriana con mi protegido, y hacemos dos felices á la par que nos enriquecemos.

El dia del casamiento, volvemos á encontrar al padre desconocido de M. José de la Cruz, y resulta que este sois vos, que su madre soy yo, y hénos aquí entrados en la casa de los Puysaie por la gran puerta principal, la puerta de los parientes antiguos.

Un concierto universal de bendiciones se eleva en derredor de nosotros; ni una sospecha, porque no hay un crimen, y sin embargo nuestro resultado está alcanzado.

Hé aquí mi plan.

No nos resta mas que desembarazarnos de los antagonistas tan néciamente introducidos en el vuestro.

El doctor Toinon...

— ¡Oh! ese, dijo M. Gigant riéndose, no es muy de temer, es muy cobarde. Una pequeña tajadilla que le permita vivir con su rentita y una amenaza claramente hecha, bastarán; yo me encargo de ello.

— Será tambien necesario, si os place, dijo Aurelia con una sonrisa de malicia diabólica, que os encarguéis del coronel Fritz. ¡Oh! tranquilizaos, no tendreis necesidad de mezclaros directamente en ese asunto. Es menester, cuando nos presentemos como suegro y suegra de la bella Cipriana, que vuestro honor esté tan immaculado como el mio.

— ¿Cómo el vuestro? preguntó M. Gigant con un matiz evidente de ironía y designando con el gesto el mueblaje del retrete, donde nada, en verdad, hablaba de honor.

— Como el mio, repitió tranquilamente Aurelia. En el punto en que estamos, puedo decir todo, porque estoy segura á esta hora que aceptareis mis proposiciones. Una vez su obra cumplida, es decir, dentro de algunos dias, dentro de algunas semanas, la bella Aurelia la impura no existirá ya, y no quedará en Paris mas que su viviente semejanza, la condesa de Monte-Cristo.

Ahora bien, todo el mundo sabe que el honor de la condesa de Monte-Cristo es immaculado, y nadie jamás se atreverá á sospechar de ella, ni aun aquellos mismos que ella toma bajo la autoridad omnipotente de su responsabilidad.

M. Gigant abria los ojos con asombro.

— ¡La condesa de Monte-Cristo! exclamó. ¿Esa gran señora de la cual todo Paris habla hace seis meses?...

— Soy yo, respondió Aurelia triamente. Me he rodeado con designio de misterio, y nadie se asombrará cuando vuelta á tomar mi verdadero nombre de condesa de la Cruz, y presente oficialmente á mi hijo y á mi esposo.

Para eso tambien estoy en regla, fiaos en mí. Tengo todas las pruebas necesarias para establecer sin contestacion la identidad de los tres; y por otra parte, ¿quién se atreveria á dudar ante esta real afirmacion?

Y fué á un escritorio de laca y sacó de él un papel preciosamente doblado en un ancho sobre, que tendió á M. Gigant. Esta carta, firmada con un nombre augusto, estaba dirigida á la condesa de Monte-Cristo y no contenia mas que algunas lineas autógrafas.

Estas hacían alusión á grandes desgracias pasadas cuyo fatal secreto conocía Su Majestad. Luego venía la seguridad de una estimación profunda y la promesa de una protección constante; en fin, terminaba con una autorización formal de llevar el nombre de condesa de la Cruz.

M. Gigant volvió la carta á Aurelia después de haberla recorrido; y no pudiendo ocultar su admiración:

— Desde las primeras palabras que me habeis dirigido, dijo, he reconocido vuestra fuerza, pero ahora me inclino: la fuerza llevada á ese punto, es genio.

— Sois demasiado bueno, dijo Aurelia haciendo una reverencia irónica. Mi secreto es muy sencillo: consiste en no decir nunca más que la verdad, pero no toda entera; es el modo de mentir que han inventado las mujeres, y es el mejor.

Pero volvamos al motivo de nuestra conversación. El tiempo es precioso, y para que nadie sospeche nuestra alianza, esta entrevista será probablemente la sola que tendremos antes del día del triunfo.

Estábamos, creo, hablando del coronel Fritz, á quien es menester perderle sin que nosotros aparezcamos ni el uno ni el otro mezclados en la catástrofe.

¿Donde están las pruebas del nacimiento de Liliás?

— En manos del coronel.

— ¡Qué imprudencia! murmuró Aurelia. — ¿Y no habría algún medio de obtener... una prueba — ¡oh! ¡una prueba bastaría! — de la paternidad del coronel?

— Sí, quizás, por los esposos Gosse, que lo conocen.

— Poneos pues en campaña lo más pronto y discretamente que podáis, pues es menester que vuestro antiguo aliado continúe sin sospechar nada de vos. Yo no me ocuparé de esta parte de nuestro plan, tendré bastante que hacer en otra parte, y os confío enteramente la ejecución, indicándoos el objeto que se debe obtener.

Es menester que el conde de Puysaie comience á tener sospechas de su antiguo amigo, que poco á poco se aumente esta desconfianza por medio de celos sordos, que en fin adquiera la prueba absoluta de la traición del coronel Fritz. Entonces...

— ¿Entonces? preguntó M. Gigant.

— Entonces... le matará.

— El conde es muy débil, murmuró M. Gigant, y el otro muy fuerte.

— ¡No importa! ¡Oh! vos no habeis visto las miradas que se dirigen algunas veces de soslayo esos dos hombres. El conde odia al coronel, os lo aseguro, le aborrece por instinto; ¿qué será pues cuando tenga una razón seria para odiarle?

Sí, el coronel sabe tirar admirablemente la pistola y manejar la espada, pero el otro tendrá en su favor su honra ultrajada, una traición infame que castigar, su mujer y su hija que vengar.

Y yo os digo que, á pesar de su valor, el coronel Fritz palidecerá, temblará ante ese ser débil y angustiado, que sus ojos se bajarán y que será muerto como un perro.

— Un cómplice menos, exclamó M. Gigant.

— Un amigo más, añadió Aurelia, pues el conde nos deberá su venganza, la única dicha que le sea posible en lo sucesivo.

XII

LA ÚLTIMA VICTORIA DE AURELIA.

Aurelia se había sentado de nuevo delante de su mesa de tocador, y con el codo apoyado en el paño blanco bordado de encajes, el dedo puesto en el hoyo de su nacarada mejilla, la mirada perdida en el vacío, parecía como que buscaba la continuación de sus palabras.

— ¿Y Matifay? preguntó M. Gigant.

Aurelia se estremeció, como sobresaltada después de un triste ensueño.

— Es precisamente en lo que pensaba, dijo, vos debéis tener algún medio de desembarazaros de él. ¿Cuál?

— Yo no sé, hubiéramos sido inspirados por las circunstancias; por otra parte, entre Matifay y yo hay un antiguo odio, y el odio, aun violento, me detendrá poco, si yo le tuviera alguna vez delante de mí.

Aurelia hizo un gesto de desden.

— Mal medio, dijo, no derramemos sangre, eso mancha; y las manchas se ven; no, no, M. Gigant, los seres como nosotros tienen mejores auxiliares que el puñal ó el veneno: estos medios son las pasiones de sus adversarios. — Ya veis el camino recorrido y las armas que he empleado. — Contra la condesa de Puysaie, el sentimiento de su falta. — Contra el conde de Puysaie, su pasión vergonzosa por Nini. — Contra el coronel Fritz, su traición. — Contra Cipriana, su amor por José. — Y esos auxiliares, M. Gigant, tienen de bueno que no faltan y no se cansan jamás. Podéis ir á vuestros negocios, alejaros, aun desaparecer, ellos continuarán trabajando, sin vos, su obra sorda, y el resultado llega, el plan termina por sí mismo, y la obra queda consumada, la mujer perdida, el hombre muerto, sin que de su muerte ó de su perdición se pueda acusar á otra cosa que á su propia pasión.

Es la pasión de Matifay la que es preciso encontrar.

— Hay, insinuó tímidamente M. Gigant, porque se sentía muy pequeño con sus pequeñas y groseras maquinaciones delante de este maquiavelismo refinado; hay su amor por Cipriana.

— Sin duda, dijo Aurelia ó la condesa de Monte-Cristo, pues es indiferente en lo sucesivo que nos sirvamos de uno ú otro de estos nombres para designarla. También cuento servirme de su amor. Pero este amor, aunque sea una pasión de viejo, es decir extremadamente intensa, no es la pasión dominante de Matifay, y esa es la que debemos buscar. Sí, lo que necesitamos, es la pasión de toda su vida, la que pue-

bla sus ensueños, anima sus días, hace latir su pecho súbitamente, le hace palidecer en medio de las fiestas más brillantes, le hace ruborizarse sin razón aparente cuando una palabra, una asonancia, una semejanza vaga, un encuentro imprevisto y casual le alarma, esa pasión que duerme á veces quizás, pero que no muere jamás. Todo hombre destinado á grandes cosas en bien ó en mal tiene una pasión de esta clase; esta pasión es su fuerza, y se convierte también en debilidad, cuando un adversario bastante sagaz ha adivinado el secreto. Ahora bien, este secreto es menester que lo adivinemos, so pena de encontrar un obstáculo insuperable desde el principio de nuestra empresa.

Volvió á caer en su meditación, y reinó el silencio de nuevo.

— Esa pasión, prosiguió dejando caer sus palabras una á una, creo haberla adivinado; pero me faltan los datos precisos. Esa pasión debe ser el miedo.

— ¡El miedo! exclamó M. Gigant.

— Sí, dijo la condesa inclinándose lentamente la cabeza. También tengo yo mi policía, muy astuta y sagaz, y conozco el reverso negro de la vida tan brillante del baron Matifay. Sé que sus noches se pasan en largos insomnios y tétricos terrores, el secreto de estos terrores é insomnios es el que me falta; y puesto que vos le conocéis desde hace tiempo, — pues es menester que vos le conozcais bien para que entre vosotros haya nacido el odio de que hablabais hace poco, — cuento con vuestro concurso para ayudarme á conocer ese secreto que es el *Sesame ábrete* de su tesoro.

M. Gigant también estaba pálido, y en su frente húmeda se hubiera dicho que el ala fría de la pesadilla de Matifay había hecho pasar su sombra. Comenzó dos veces á responder, pero la angustia ahogaba su voz.

— Debe... debe ser un remordimiento.

— Es probable, dijo Aurelia mirándole con aire distraído. Entonces ¿es pues verdadera la historia de Noirmont?

Esta vez M. Gigant no tuvo fuerza para responder, y se contentó con inclinar la cabeza.

Aurelia hizo como que no veía su turbación.

— Yo la sé muy mal, continuó, — ó al menos la sé como todo el mundo, por la *Gaceta de los Tribunales*; la consulté en aquel tiempo, en el tiempo en que yo era cómica, como los retratos grabados durante el proceso, según la condesa de Rancogne, para representar un drama, — yo no sé si vos lo conocéis, — que ha sido hecho sobre este asunto ó á propósito de esta aventura demasiado real. Tuve entonces el mayor éxito, y sobre todo me dirigieron muchos cumplidos sobre mi semejanza con el retrato de la deplorable heroína. — ¿La habeis conocido vos?

— ¡Oh! sí, exclamó M. Gigant con una entonación de voz que se parecía á un suspiro de horror.

Aurelia se había inclinado delante de su espejo, y parecía ocuparse atentamente de su tocador.

Volvió así casi la espalda á M. Gigant, que no veía ya más que su nuca blanca y gruesa, en parte cubierta por la florada frondosa de sus cabellos medio desatados.

Pero ella, en el espejo, no perdía un movimiento de sus

manos convulsivas, ni un estremecimiento de su rostro arrugado.

Continuaba hablando con el aire más indiferente del mundo, á la par que ponía afeite rojo en sus mejillas, negro en sus cejas y *khol* debajo de sus ojos.

— Era de mi estatura, poco más ó menos, ¿no es verdad?

— Sí... Quizás un poco más alta.

— Es que estoy más delgada... pero con un manto flotante... ¿Rubia?

— De un rubio menos ardiente que el vuestro.

— Bien, de un rubio ceniciento... lo hacen los polvos... aquí los tengo precisamente.

Y la borla sedosa se agitaba en la sombra en derredor de su frente, en el extremo de su brazo levantado.

— ¿Cómo se peinaba?

— Con anchas trenzas, creo.

— Se usa bastante en provincia; vaya por las trenzas, en este caso. No se trata de ser bonita.

¿Y los ojos?

— Azules, ¡oh! de un azul celeste.

— Esto me desarregla, los míos tiran algo demasiado hacia lo negro. Será menester aclarar el color sobre los párpados.

Pasemos ahora á otros detalles. ¿Cómo estaba vestida durante el proceso?

— Muy sencillamente: un vestido negro sin escote, creo, y una pañoleta.

— Yo me la figuro: una pañoleta cruzada á la María Antonieta. Si fuera acusada de un crimen, así es como yo me pondría: esto despierta tiernos recuerdos y entenece á los jurados. — ¿Y en la cabeza?

— Un simple velo negro.

— ¿De encaje ó de tul?

— De encaje.

La última respuesta de este interrogatorio cayó de los labios de M. Gigant como un grito de gracia. El espectro que él evocaba, cuyo traje detallaba con la minuciosidad de un juez de instrucción, ó como un narrador de novelas, también él, como Matifay, le había visto aparecer con frecuencia en sus ensueños. Solamente, él tenía que hacer su fortuna, que andar sus intrigas, que tender sus lazos y asechanzas. No había, como el baron, llegado á conseguir el logro de todos sus deseos, de todas sus ambiciones, no tenía tiempo de recordar todo aquello.

Cuando esta imagen lúgubre de su víctima se presentaba en su espíritu, podía aun expulsarla, no volvía sino de tarde en tarde, y hoy estaba forzado á fijar su atención en aquel odioso objeto, á responder punto por punto á cada una de las cuestiones planteadas, á decirse:

— Vamos, ¿usaba un vestido negro ú oscuro? ¿un velo de encaje ó de tul? ¿Cómo eran sus ojos? ¿su boca? ¿su sonrisa? ¿Cómo arreglaba sus cabellos?... ¿Qué sé yo? y la memoria inexorable del miserable le respondía con implacable exactitud:

«Él también, sin duda un día, como Matifay, no tendría necesidad de esta ocasión fortuita para acordarse.»